Capítulo XL

SEGUN LA INTENSIDAD DE LA GRACIA ES LA UNION DE AMOR CON DIOS

210.—Ser santo es estar íntimamente unido a Dios.

Ser santo es haber sido transformado en amor de Dios.

Ser santo es estar florecido en todas las virtudes.

El amor de Dios es la savia y la vida de las virtudes. Las virtudes son la fragancia que irradia el amor de Dios. Las virtudes son los frutos y las rosas que el amor de Dios hace germinar en el alma.

Ni los ojos del cuerpo ni el mismo entendimiento mientras vivimos en la tierra pueden ver la gracia ni el amor de Dios en el alma. La gracia, como el amor, se ve indirectamente por las virtudes. Las virtudes son el lenguaje del amor y de

la gracia. Las virtudes son el combustible que acrecienta el fuego del amor. Las virtudes son las flores y los frutos del amor de Dios.

211.—Con el ejercicio de las virtudes crece y se desarrolla la gracia y el amor de Dios. En el alma fiel siempre están creciendo la gracia y el amor.

Estoy mirando todos los días una planta, una flor. No la veo crecer. Si dispusiera de algún instrumento perfectísimo, vería cómo continuamente crece y se desarrolla y se hincha el capullo que en un momento dado revienta y se abre lleno de belleza y de fragancia en radiante rosa o en blanquísima azucena.

No veo yo cómo crece y se desarrolla el hombre en su niñez y en su juventud, pero no cesa ni un momento en ese crecimiento y desarrollo. Dios lleva maravillosa y secretísimamente la medida de ese crecimiento ininterrumpido en la aparición de cada célula nueva que nace o la célula que muere.

En los largos días de mayo y de junio se asoman muy madrugadores los primeros resplandores de la aurora mensajera del sol. Y van intensificándose suave e imperceptiblemente, pero sin interrupción, las claridades hasta llegar al esplendor del mediodía cuando el sol luce en todo su brillo y lo esclarece todo y ayuda a formar la exu-

berante lozanía de la primavera y los suavísimos frutos del estío y del otoño.

También en el alma en gracia, y que obra el bien, siempre está creciendo la gracia; siempre está desarrollándose más y tornándose más radiante; siempre va adquiriendo semejanza más perfecta con Dios y participando más de su vida, de su belleza, de su bondad, de su misma naturaleza.

El escultor va quitando materia del bloque que trabaja; quita con todo esmero y atención, y cuanto más quita, más hermoso se va poniendo el bloque hasta que se hace la imagen hermosísima deseada por el artista, como el pintor va poniendo nuevas bellezas en cada pincelada. Dios mío, quitad de mí, labradme, hermoseadme hasta hacerme bellísima imagen vuestra, hijo vuestro; poned en mí hermosura de vuestra hermosura hasta que mi alma se haga belleza como vuestra misma belleza.

212.—Si viéramos la hermosura de un alma vestida de la gracia, iluminada y vivificada sobrenaturalmente con la gracia, moriríamos de gozo. Veríamos el alma empapada, unida, transformada en Dios por la participación del mismo Dios. Veríamos un brillantísimo sol en el sol de Dios.

Una gota de vino que se mezcle en el agua ya comunica algo de su sustancia al agua, y cuanto más vino se ponga, más cambia el agua y co-

munica más sustancia de vino, pero si es una gota de agua la introducida en un recipiente de vino, desaparece el agua y se hace toda vino, y se ha transformado en vino generoso o en perfume estimadísimo. La gracia de Dios no hace desaparecer la persona humana, pero la transforma y diviniza.

La gracia une a Dios. La gracia siempre puede crecer más. Cuanto más intensidad tenga en el alma, el alma está más unida a Dios; participa más de la vida de Dios y de las demás perfecciones de Dios. Se hace en Dios vida del mismo Dios y sol hermoso en el sol de Dios.

No hay belleza en todo el mundo externo, ni aun reuniendo todas las bellezas de la creación material, que pueda llegar a dar noción de la belleza del alma en gracia y de cómo va acrecentándose de modo inverosímil esa belleza en el alma, hasta hacerla bella con la misma belleza de Dios, aunque de modo finito.

Si viera yo la belleza del alma en gracia, cerraría los ojos a todas las obras materiales de la creación y desearía morir para ir a ver ya y a vivir la belleza increada e infinita en sí misma, en su misma esencia. Entonces se llega a la posesión perfecta de la verdad y al gozo inefable de la verdad. Entonces ya no miraré las imágenes de las cosas, sino que las veré en su misma esencia todas y por un orden más alto en la infinita clari-

dad y hermosura de Dios. Mi alma será entonces hermosa y feliz con la hermosura y felicidad de Dios.

Si viera yo cómo mi alma va creciendo en la gracia y la hermosura de que se va vistiendo y va adquiriendo, todo lo tendría por nada y me dedicaría con toda mi capacidad y con todas mis energías a adquirir esta hermosura y vendería todos los tesoros para poseer esta preciosidad. Pero ¡no es posible verla ni puedo formarme idea adecuada de tal encanto! La fe que me da la más alta y la más segura noción de la gracia, como me la da del mismo Dios, es oscura y sin forma ni detalle. No acaricia mis sentidos ni aun mi imaginación; no produce en mí ni las imágenes ni los afectos deseados. Pero deja la inmensidad para soñar bienes y luces insospechadas. Tengo fe, pero tampoco ven mis ojos ni tocan mis manos la fe. Es espiritual, sobrenatural.

213.—Sueña, alma mía, y levántate en sueños cuanto puedas a la hermosura y al bien y a la delicia increada. Aun cuando no te sea dado comprenderlo ni aun muy remotamente adivinarlo, siempre se llenará el pecho de gozo y la inteligencia de luces y aparecerán nuevos horizontes de mayor claridad ante ti.

¿Qué será cuando mi alma vea ya directamente la belleza que con su gracia ha puesto Dios en

las almas bienaventuradas y en los ángeles del cielo, y los veamos y admiremos viviendo la vida y la dicha del mismo Dios?

¿Qué sentirás, alma mía, cuando veas no ya la imagen de Dios muy perfecta y gloriosa en sus bienaventurados y ángeles, sino al mismo Dios, belleza infinita y creador de toda belleza, y te veas a ti misma empapada en su luz y en su sabiduría indeficiente y conozcas ya directamente a Dios, eterno poder y Sumo bien y la bondad misma? Por altos y dichosos que sean tus sueños, más alta sin comparación y más dichosa será la realidad que Dios te comunicará. Para tanta grandeza y tan feliz bien te ha criado Dios y te llama para que tú quieras conseguirlo ayudada de su gracia.

La gracia crece en el alma, y cuanto más crece, más une a Dios y comunica al alma más participación de Dios. ¿Si viera yo esa hermosura y ese continuo crecer del mayor bien en mi alma, cerraría los ojos a toda otra hermosura y a todo otro bien y viviría solamente para Dios? ¡Dios mío, agranda mi fe, para que se agrande mi esfuerzo! ¡Ilumina mi entendimiento y fortalece mi voluntad para que yo quiera decididamente querer! Alma mía, ¿a qué mayor grandeza puedes aspirar?

La gracia crece en el alma si el alma aprovecha las llamadas de Dios.

Cuanto más perfecto es el telescopio con que se observa, más grandes aparecen los astros y más cuajado de luces el firmamento y se ve con mayor certeza que queda por ver y admirar inmensamente más. Cuanto es más perfecto el microscopio, más me maravillan las perfecciones que me descubre en la naturaleza de los seres a simple vista invisibles y más resplandece la obra de Dios.

Es el símil que antes puse del hierro, que cuanto más fuego se le comunica se hace más fuego y como que se transforma en fuego.

Y Dios ha creado nuestras almas para la unión de amor con El. El alma no pierde su ser natural o entitativo, pero cuanto la gracia haya crecido más en el alma, más tiene el alma de las cualidades de Dios y de la naturaleza de Dios y de la hermosura de Dios, como brilla más el foco cuanto la corriente eléctrica es más intensa si el foco está suficientemente preparado y la recibe sin descomponerse. La luz propia de una cerilla colocada en el sol sería como nada en la luz que el sol la comunicaba y ella no pierde su propia luz.

Por la gracia especial Dios se hace presente en el alma en ternura o en desolación y el alma se siente sellada y vivificada por la presencia de Dios. La vida de los Santos está esmaltada con estas fulgurantes realidades sobrenaturales, que producen la admiración y una santa envidia de cuantos las

leen, al mismo tiempo que alientan a vivir las virtudes como ellos las vivieron y llevan por el camino espiritual que termina en Dios.

Santa Rosa de Lima dice de sí misma: *Sentía comenzaba a resplandecer en el fondo de su alma serena, amable y propicia la presencia de Dios, la Divinidad; y que con toda certeza sentía estaba allí, no pudiendo ya deleitarse en otra cosa, sino en la certeza experimental de tener a Dios dentro de sí misma* (1). Cómo veía y sentía Santa Teresa de Jesús que Dios la envolvía siempre y la acompañaba (2).

Esta amabilísima compañía de la presencia de Dios ponía nueva luz en su entendimiento para admirar y amar la belleza de la gracia como ya vimos la admiraba extática Santa María Magdalena de Pazzis. Por eso Santa Rosa de Lima decía: *Me parece que ya no podía el alma detenerse en la cárcel del cuerpo, sino que había que romper la prisión, y libre y sola con más agilidad se había de ir por el mundo dando voces: ¡Oh si conocieran los hombres qué cosa es la gracia! Qué hermosa, qué noble, qué preciosa, cuántas riquezas esconde en sí, cuántos tesoros, cuántos júbilos y delicias,*

(1) P. Luis Alonso Getino, O. P.: *Santa Rosa de Lima*, parte V.

(2) *Moradas*, 7, 1, 6, 7; *Vida*, 27, 2, y otros lugares.

sin duda emplearían toda su diligencia, afanes y desvelos en buscar penas y aflicciones, andarían todos por el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos en vez de aventuras, por conseguir el tesoro inestimable de la gracia (3).

(3) P. Luis Alonso Getino, O. P.: *Santa Rosa de Lima*, parte V, pág. 148 de la edición de Madrid de 1943.

CAPÍTULO XLI

LA GRACIA NO SE DESARROLLA IGUAL EN TODAS LAS ALMAS

214.—Quisiera, Señor y Dios mío, que me dieras luz y acierto para poder expresar algo de los misterios y luces de la gracia. Aun cuando sé que por su misma naturaleza superan la comprensión de la humana inteligencia y mucho más su explicación, pero tan sólo con mirarlos con amor encienden en el alma una nueva luz y ponen un más ardiente deseo de adquirir y perfeccionar tan sobreexcedente bien y un más tierno agradecimiento a Vos por la comunicación de tan inmensa bondad. Te pido, Dios mío, no deje tu misericordia de estar enriqueciendo y hermoseando mi flaqueza con este bien.

Reflexionar sobre estos misterios es gozarse en cómo se desarrolla la gracia en el alma y pedir no se pierda bien tan inestimable.

De nuevo me conviene recordar que la gracia es participación sobrenatural de la misma naturaleza divina y como tal es un bien superior a todos los demás bienes naturales por altos y valiosos que sean.

El alma que está en la gracia de Dios ha sido vestida con el vestido de hermosura y de bondad del mismo Dios. Ha sido deificada.

El alma que está en la gracia de Dios, vive en la vida sobrenatural; ha sido levantada sobre su vida natural a esa vida sin comparación más noble y perfecta, pero sin despojarse de su vida natural. El cuerpo continúa de suyo con las mismas cualidades, perfecciones e imperfecciones que antes tenía; no se ha cambiado ni su carácter ni su modo de ser. Goza de las mismas fuerzas y habilidades y siente las mismas flaquezas y necesidades que antes hasta que reciba el premio de la glorificación en el cielo el día de la resurrección final y acompañe al alma ya gloriosa.

La vida sobrenatural es la gracia de Dios en el alma, es el amor especial de Dios al alma, amor que la levanta sobre la naturaleza natural. Nuestros ojos, todos nuestros sentidos ven y sienten la vida natural, pero no pueden ver ni sentir sin una gracia especial de Dios la vida sobreatural, como no pueden ver ni tocar el espíritu ni menos ver a Dios.

La gracia de Dios, como ya he dicho, injerta

en el alma la vida divina, o ella misma es el injerto en el alma y la levanta sobre la natural; comunica al alma una naturaleza sobrenatural para vivir sobrenaturalmente y dar frutos de vida eterna. No veo ni siento la gracia, pero la fe me dice y asegura que mi alma, por esa gracia sobrenatural, participa de Dios y puede decir: Vivo en Dios; Dios vive en mí con amor especial; Dios se hace mío o con San Pablo: *Mi vivir es Cristo* (1). Soy hija de Dios; Dios me da naturaleza de Dios. Dios me diviniza. Dios me hace participante de sus bienes; Dios me viste de su hermosura; Dios me hace participante de sus mismos atributos y de su naturaleza divina. Dios deifica mi alma.

215.—Pero no todas las almas viven la gracia por igual ni participan de esta naturaleza de Dios con la misma intensidad, ni aun las ya bienaventuradas en el cielo.

Los Angeles participan de Dios; los Serafines participan de Dios; los Querubines participan de Dios y participan ya de esa vida en toda la plenitud en gloria, en dicha, en felicidad, según la capacidad de cada uno por la gracia. Todos están continuamente bebiendo gozo glorioso; están saturados de felicidad y bienaventurada delicia sin que nada puedan desear que no tengan o no po-

(1) *Flp.*, 1, 21.

sean ya en dicha y en siempre renovado deleite. Desean, y dan radiantes de júbilo, la continua alabanza y admiración de Dios, pero no todos participan del mismo modo o con la misma intensidad, ni dan la misma alabanza.

También me lo dice San Pablo y me pone una comparación: *Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna y otra la claridad de las estrellas. Y aún hay diferencia en la claridad entre estrella y estrella. Así sucederá también en la resurrección de los muertos* (2). Así entre los Angeles gloriosos; así en las almas bienaventuradas; así en las almas en gracia en la tierra, porque la gracia es la medida de la gloria por ser la participación del mismo Dios. Como unas estrellas tienen mucho mayor resplandor que otras, unas almas tienen mucha más intensidad de gracia que otras, porque tienen más participación de Dios. De dos esponjas desiguales empapadas en líquido, contiene mucho más líquido la mayor que la menor. Un pajarillo y un buey beben agua, y el pajarillo con muy poca se sacia y el buey ha de beber mucha para saciarse. En dos vasos, uno grande y otro menor, cabe más líquido en el grande que en el menor estando los dos llenos hasta rebosar.

Las almas mientras viven en la tierra pueden continuamente crecer en la gracia, que es ir parti-

(2) *I Cor.*, 14, 41.

cipando más de Dios. Este crecimiento o desarrollo de la gracia en el alma depende de la bondad y misericordia de Dios y de la cooperación y fidelidad de la voluntad de cada alma. Es misterio; pero puedo decir que Dios, en cierta manera, deja a la voluntad de cada alma que crezca cuanto quiera. Dios quiere la perfección de todas. Dios quiere que todos queramos. Dios me dará tanto amor y tanta gracia cuanto con mi cooperación y determinación muestre yo querer, obrando con la gracia inicial.

No es intención mía entrar a sondear ni aun solamente estudiar el grande e insondable misterio de la salvación y santificación de los hombres en la voluntad o mente de Dios. Yo humildemente creo y acepto su determinación sobre mí y sobre todas las almas, y le doy gracias por lo que de mí tenga determinado pidiéndole tenga misericordia de mí y me escriba amorosamente en el libro de sus elegidos, para que me lleve a su gloria. Atiende, Dios mío, mi petición.

Pero me agrada pensar y me parece obtengo mucho fruto y aliento meditando en esta vida sobrenatural de la gracia en mi alma y su crecimiento. Quiero, Padre mío celestial, gozarme en el ambiente de hermosura y grandeza de la vida sobrenatural que la gracia pone en mi alma, y cómo puede hermosearse más, y enriquecerse más y dilatarse más. Mucho me deleita pensar y soñar en la ilimitada

inmensidad de los espacios donde se mueven los innumerables e inconmesurables astros y saber que esa inmensidad que pasma de admiración mi fantasía se agranda actualmente a la velocidad de la luz, según leo ahora en los astrónomos, pero más sin comparación me deleita considerar cómo se puede agrandar y embellecer este resplandor y grandeza sobrenatural en mi alma y en todas las almas.

Es el agradabilísimo misterio del florecimiento de la vida sobrenatural de la gracia en el alma. Es el misterio del continuo crecer de la gracia en el alma y el más brillante resplandecer de este sol divino. Deléitate, alma mía, soñando con la esperanza de tanta dicha y de tanto bien como te espera.

No todas las almas tienen la misma gracia o la misma hermosura sobrenatural. En la vida no todas las personas tienen ni la misma salud ni las mismas fuerzas, y las inteligencias de unas son más perspicaces que las de otras. Vemos los efectos, no sabemos directamente la causa. Si no conocemos o no penetramos esto natural que nos entra por los sentidos, ¿cómo podremos conocer el desigual desarrollo y crecimiento de la vida espiritual en las distintas almas? ¿Por qué todas las almas no participan de la misma gracia? ¿Cuál y cuánta es la gracia inicial que Dios pone en cada alma?

El alma que está en gracia, está en el orden sobrenatural, y participando de Dios, tiene santidad, es santo. Ordinariamente llamamos santos a los que

la Iglesia ha puesto a la veneración de los fieles en los altares, porque mientras vivieron en la tierra practicaron de un modo continuo y con heroísmo las virtudes. Amaron a Dios con todas sus fuerzas y practicaron las virtudes con perfección extraordinaria. La Iglesia nos pone a esas almas por modelos como héroes en vencerse a sí mismas y en amar a Dios practicando las virtudes.

Delante de Dios es santo, aun cuando todavía no sea perfecto, toda alma que está en gracia de Dios. El alma en gracia está vestida con el vestido del cielo, levantada al orden sobrenatural está deificada, y mientras no pierda la gracia tiene asegurado el cielo. La gracia es de tanto valor y tanto su brillo que no puede entrar en el infierno. Si la gracia es participación de la naturaleza de Dios, y es amor o amistad especial con Dios; si la gracia hace hijos de Dios, ¿cómo no preservará del infierno y asegurará el cielo? ¿Si es vestido de cielo el alma, cómo no ha de tener asegurada su dicha de gloria mientras vista ese vestido? Si la gracia deifica al alma como deificó a los Angeles fieles, el palacio donde mora el alma deificada y gloriosa es el cielo, el mismo palacio y paraíso de Dios mi Padre y de los Angeles gloriosos.

Capítulo XLII

COMO CRECE LA GRACIA EN EL ALMA. GRACIAS ESPECIALES

216.—Dios quiere que todas las almas seamos santas con la heroicidad en practicar las virtudes. Dios quiere que todas las almas tengamos la fortaleza y la perseverancia para practicar con fidelidad y delicadeza las virtudes.

Dios quiere que se desarrolle y crezca constantemente en nosotros su gracia y se hermosee el alma con la flor encantadora de su amor en la variedad de las virtudes.

Es el amor de Dios el que produce la santidad, el que estimula a la gracia y fortalece la voluntad para practicar la virtud. Dios da su amor especial y sus gracias especiales para que todas las almas podamos subir continuamente más alto en la vida de perfección. Sin la gracia especial de Dios nada podríamos adelantar ni subir. Dios tiene misericordia y amor de Padre con nosotros y nos toma

amoroso en sus brazos y nos estrecha en su pecho y nos calienta con el calor de su amor y nos ilumina con luz de cielo e inspira generoso al alma esta verdad: *Te doy mi gracia; te doy mi amor. Quiero que crezcas en esa gracia y en ese amor mío. Quiero que los cultives y se vaya acrecentando en ti la hermosura que Yo ininterrumpidamente te comunico. Quiero que vivas la santidad muy intensamente para que te comunique cada día más amor, te haga más participante de mis perfecciones y de mi misma naturaleza.* Dios quiere deificar a todas las almas. Dios da en el bautismo la gracia inicial.

Dios nos insta y nos da nuevas gracias para que seamos más santos. Me lo está enseñando la misma naturaleza en todas las obras y actividades de su desenvolvimiento. Tienden a desarrollarse, a crecer, a perfeccionarse los seres vivos; las plantas se multiplican y los árboles se agigantan, se visten de verdor, y se llenan de esbeltas flores y de muy regalados y codiciados frutos.

Mana abundosa una fuente y produce un arroyuelo. Otros manantiales dirigen sus aguas por los cauces y arroyos que afluyen al río, y el río va creciendo y haciéndose caudaloso por los afluentes que en él desembocan. He visto el Tajo en distintas regiones y su anchura caudalosa cuando en Lisboa entrega majestuoso sus aguas a la inmensidad del Atlántico.

Dios continuamente hace brotar manantiales de gracia en las almas para que cada una los recoja y aproveche y crezca en gracia y florezca en santidad, fomentando y cuidando la semilla o la planta de la gracia inicial.

217.—Veo un rosal; admiro la belleza de la rosa y aspiro con fruición su fragancia. Tengo delante de mí un frutal; acaricio su fruta y paladeo con placer su exquisito sabor. Mi entendimiento se detiene ante esta maravilla de Dios. ¡Sólo Dios puede hacerlo! ¿Saben los jardineros ni aun explicar, cuanto menos hacer, este misterio de la vida y el desarrollo de las flores y de los frutos tan variados, tan hermosos y de tanto regalo? Con un poco de tierra, de humedad y de conveniente calor, Dios ha hecho esta siempre nueva y admirable hermosura y riqueza con que engalana los jardines y los prados y alimenta a los hombres y a los animales. Todas las plantas han nacido de la misma tierra, con humedad y calor, y cuánta diferencia muestran en el colorido, en la belleza, en la fragancia, lozanía y sabor. Sólo Dios lo sabe y puede producir. El cultivo del hombre puede ayudar la obra de Dios.

Ni la rosa sabe que es rosa ni el fruto que es fruto, ni se han hecho en un día. Una mano cuidadosa enterró una pequeña semilla. Pasado un breve tiempo el grano diminuto se transformó y

abriendo una grietita en la tierra asomaba sus dos hojitas informes, como para respirar y tomar el sol; lentamente fue creciendo y desarrollándose, y un día, pasado tiempo, apareció un capullo que, abriéndose, mostró la maravilla de la flor llena de fragancia o madurando el regalado fruto hasta su sazón. ¿Quién podía adivinar, sin haberlo visto, que de aquella semilla diminuta podría salir tan primoroso encanto, tan delicada fragancia o tanta riqueza? Nació y fue creciendo el rosal, y subiendo esbelto el tallo de la azucena, e insensiblemente levantándose a la altura el eucalipto y la palmera y ensanchando su copa el nogal o la encina y asomaron luego las flores y maduraron los frutos según su especie y a su tiempo.

Dios hizo que la savia naciera y corriera ocultamente por órganos proporcionados llevando la vida. Dios hizo nacer las hojas y la vida, y endurecer el tronco y madurar los frutos con el tiempo y proporcionado ambiente. Los hombres no conocen lo íntimo de este misterio ni lo conocen las plantas. Sólo Dios lo hace. El agricultor no conoce cómo se transforma la tierra y el agua en savia, ni cómo la savia hace subir a los árboles en su desarrollo a la altura, ni cómo se transforma en trigo, en flor, en fruto y en duro tronco. Como tampoco conoce el secreto de la enfermedad de las plantas o animales cuando ve que las hojas se ponen lacias o mueren. Observa el hecho, lo estudia, a veces

llega a conocerlo y remediarlo, otras sólo puede lamentarlo.

Ni el rosal, ni la azucena, ni el castaño se ven crecer y desarrollar. Si dispusiéramos de un instrumento muy sensible y apto, veríamos que las plantas y los animales crecen sin interrupción. Pero nuestros ojos no lo perciben.

El hortelano cultiva las plantas, ensaya los injertos, hace experiencias y se esmera en el cuidado para mejorar las flores y que los frutos sean más abundantes y más espléndidos para obtener mayores rendimientos y ganancias. El agricultor obra en el exterior. La savia y la vida las produce Dios. La transformación la hace Dios; el hombre quita los impedimentos que conoce o están a su alcance y favorece el desarrollo con el cultivo y el riego.

A esta semejanza de modo inmensamente más alto y delicado Dios ha puesto en el alma la savia sobrenatural de la gracia. La gracia es participación de la misma naturaleza divina. La gracia es el amor especial de Dios. Sólo Dios puede darla y sólo Dios la da. Sólo Dios puede acrecentarla, pero quiere la cooperación y ayuda del alma.

El rosal no se hizo ni floreció en un día y el nogal tardó muchos años en dar fruto y alcanzar su perfecto y vistoso desarrollo. Plantados en un ambiente propicio, alimentándose de la humedad y de la tierra, recogiendo el calor de la atmósfera,

llegaron a su lozanía y frondosidad. El hombre ayudó.

Dios da al alma la gracia santificante, y Dios da las gracias actuales. Nada puede mi alma sin la gracia de Dios. Todo lo puede mi alma con la gracia de Dios. Con la gracia los santos lo pudieron todo y fueron santos. La gracia de Dios les comunicó el poder en cada momento. Ellos pusieron su voluntad y cooperación. Dios obraba en ellos por la gracia santificante y por las gracias actuales que les comunicaba a semejanza de lo que Jesús obró.

218.—Predicando Jesús su divina misión se encontró con un acompañamiento numeroso que salía de Naim para enterrar un joven. Jesús mandó detener a todos y dirigiéndose al difunto le dice con imperio: *Mancebo, te lo mando yo, levántate,* y el joven recobra la vida y se levantó sano y acompañó a su madre viuda (1).

Otro día el jefe de la sinagoga se le acerca pidiéndole que sane a su hija muy enferma. Estando en esta petición le comunican que su hija acaba de morir. Jesús va a casa del jefe y tomando cariñoso la mano de la jovencita de doce años le dice: *Muchacha, levántate, yo te lo mando,* y la niña se levanta buena, acompañando a sus padres (2).

(1) Lc., 7, 14.
(2) Mc., 5, 41.

Y cuando habla con las hermanas de Lázaro, enterrado ya hacía cuatro días, quiere verle en el sepulcro y al que ya hedía le dice: *Lázaro, ven afuera*, y Lázaro resucita y vive sano muchos años (3).

Jesús les dio la vida de su propia voluntad o porque se lo pidieron, como había dado al tullido fuerza para curarse y llevar su cama, como limpió con su palabra la lepra a los leprosos, dio la vista a los ciegos, el habla a los mudos, la salud a la hemorroisa y a tantos enfermos, como curó de diversas enfermedades. Sólo Dios lo podía hacer y lo hizo. Esos se lo pidieron.

Otro día Jesús ofrece el agua viva a la Samaritana junto al pozo de Sicar. La Samaritana pide a Jesús la dé esa agua, y Jesús, que la dio el deseo de pedir el agua, se la concedió en abundancia. Era el agua de la gracia. El cambio de vida de la Samaritana con la gracia de Dios ha pasado a la historia como el cambio y la santidad de la Magdalena ha sido la admiración de los cristianos y pregonan los efectos de la gracia en las almas.

Sólo Dios da la gracia santificante y sólo Dios puede dar las gracias actuales, aun cuando las comunique por acciones de los hombres o de los elementos de la naturaleza. Sólo Dios puede trans-

(3) Jn., 11, 45.

formar las almas en amor divino y las transforma con su gracia santificante.

219.—Las gracias actuales iluminan, esclarecen y fortalecen las almas.

San Pablo, combatido por las tentaciones y por la flaqueza de la propia naturaleza, se lamentaba desalentado diciendo: *¡Oh qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (4). Pero cuando el Señor le ha comunicado: *Te basta mi gracia, porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza* (5), fortalecido por la gracia actual que Dios le ha comunicado, se siente invencible y exclama: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* (6). El que antes estaba temeroso y hasta pedía la muerte al Señor, en tal manera se siente fortalecido con la gracia que desafía a todos los elementos diciendo que no podrán apartarle del amor a Cristo (7), porque todo lo puedo con la gracia de Dios que me conforta. Como la gracia le había transformado de perseguidor en el apóstol intrépido.

¡Si viera yo, Dios mío, vuestra gracia! Vivo la gracia; estoy creciendo en la gracia y ni veo ni siento la gracia divina. ¡Y debe ser mi vida!

(4) *Rom.*, 7, 14.
(5) 2 *Cor.*, 12, 9.
(6) *Flp.*, 4, 12.
(7) *Rom.*, 8, 35.

Nunca debo caer en el desaliento ni decir que no puedo. Los santos eran como yo y pudieron con la gracia. Si yo sigo los consejos de Dios, la gracia no dejará de crecer en mí hasta la santidad. Dios abre la flor en el momento que El ha prefijado y aparece su hermosura. Dios obra en mí, me da su gracia y con su gracia madurará mi alma en santidad, no de repente, pero con ambiente propicio y con el tiempo llegan a su sazón los frutos.

Capítulo XLIII

LAS GRACIAS ACTUALES

220.—Lo vemos y aun lo realizamos en nuestra vida ordinaria y extraordinaria de familia o social. Nos ayudamos, nos alentamos, nos enseñamos. Los padres lo hacen con los hijos con tanta mayor ternura cuanto son más niños o están en mayor peligro. Dios es el más Padre o el mejor de todos los padres sin comparación.

Dios no deja de ayudar, de alentar ni de enseñar al alma en orden a conseguir el cielo y la felicidad eterna, pues ha creado al hombre para esa felicidad eterna del cielo y no deja de darle la luz para que sepa el camino y animarle y avivarle para encaminarle y que no se deje vencer de la pereza, comodidad o liviandad.

Las madres mueven a un lado y a otro a sus hijos para que despabilen y desperecen y se levanten a la hora conveniente para realizar sus queha-

ceres. Dios, como buena madre, enseña, despierta y ayuda a las almas para emprender el camino del cielo, y lo hace por las gracias actuales.

Ya de niños en el *Catecismo de la doctrina cristiana* de Astete en nuestra España, aprendimos de memoria *qué eran las gracias actuales*, que Dios da a las almas, y la necesidad que de dichas gracias tiene el alma. *Hay otras (gracias) que llamamos actuales, o auxilios e inspiraciones, sin las cuales no podemos principiar, ni continuar, ni concluir cosa conducente para la vida eterna.* Es la misma noción que nos da la teología expuesta con sencillez para que todos puedan comprenderla, como antes dije de la gracia santificante.

La teología me enseña que *la gracia actual es un don sobrenatural gratuitamente dado por Dios al alma por modo transeúnte en orden a conseguir la vida eterna.*

Es don sobrenatural y gratuitamente dado por modo pasajero. Si es don sobrenatural sólo Dios puede darlo directamente, y si es gratuitamente indica que no se merece de suyo y en rigor de justicia.

La gracia habitual es cualidad permanente y es ya el amor de Dios real en el alma y ha puesto santidad en el alma; las gracias actuales son llamadas e inspiraciones en orden a la gracia santificante, para recibir la gracia si no se tiene o para recibir aumento de gracia o una gracia nueva. Son

gracias sobrenaturales aun cuando se reciban por medios naturales, como de ordinario las comunica Dios.

221.—Muy bien sabe Dios, pues El nos ha hecho y dado cuanto tenemos en el orden natural y en el orden sobrenatural, que nada podemos tener de nuestra cuenta o propiedad si El no nos lo da. Sabe este nuestro Padre celestial que nada sabemos y nada podemos si El no nos lo da y nos lo enseña, mejor que sabe la madre que tiene que dar el alimento a su niño para que pueda vivir y Dios no es corto en comunicarnos cuanto nos es necesario y mucho más. Nos llena de luces, de inspiraciones y de fuerzas para que sepamos, nos determinemos a obrar y podamos obrar.

Siempre nos está el Señor dando estas gracias que son los auxilios que se nos presentan, que son las inspiraciones interiores que nacen directamente en nuestro interior o que brotan cuando oímos, o leemos, o vemos o nos advierten algo. Siempre tiene el Señor extendidos sus brazos hacia nosotros ofreciéndonos en ellos la fuerza que necesitamos e invitándonos a una vida más recta y más santa. Como la nube que acompañaba a los israelitas iluminándoles de noche y haciéndoles sombra de día, nos acompaña Dios y nos fortalece y protege.

Estas gracias o estos auxilios e inspiraciones las ofrece el Señor de modo muy diferente a todas y a cada una de las almas en todos los estados y ocupaciones. Las ofrece a los pecadores llamándoles a su amor; las ofrece a las almas fieles y santas para que aumenten en las virtudes y en su amor y sean más santas. Como puso la vara en las manos de Moisés para que obrara los milagros, pone estas fuerzas en la voluntad de todos: buenos y malos, para que obremos el milagro de la santidad. A todos nos invita a que nos apropiemos de sus misericordias y de su amor.

Si tan providencialmente se ocupa el Señor hasta con manifiestos milagros a veces en proveer de las cosas materiales a las almas que se le han consagrado, ¿cuánto más se ocupará de proveerles en abundancia de las gracias espirituales para que puedan ser muy santos, ya que esa es su voluntad y para eso nos cría, y a eso nos exhorta y eso nos manda?

222.—Y precisamente en la fidelidad a todas estas gracias actuales está el secreto de la santidad. Todos las necesitamos. Todos perdemos muchas. También los santos perdieron. No por eso corta el Señor el manantial que las mana, aun cuando disminuya su raudal y sea menos continuo. Los santos aprovecharon las gracias recibidas y supieron apreciarlas más cuanto más crecían en santi-

dad. A estas gracias está vinculada mi salvación y mi santificación.

La iluminación, un destello de luz sobre el alma, el deseo, el ansia del alma por levantarse, por superarse en las obras de Dios y en la entrega a Dios, la ilusión, la atracción del alma a ser más recogida y tener trato más interior y vida más íntima con Dios, son gracias actuales de Dios al alma, son llamadas amorosas de Dios al alma para que se adentre en sus misericordias donde está su bien espiritual, para que se acerque a su pecho, fragua y manantial del amor eterno y de la santidad perfecta.

Dios mío, que mi alma quiere y parece aún no tiene fuerzas para determinarse. Que deseo la vida espiritual perfecta y entregarme a Ti y vivir tu vida santa en las virtudes y en el silencio de amor y aún me atraen y atan los pasatiempos de las criaturas, y aún me subyugan las disipaciones del mundo y me encadenan y oprimen los hierros de mi amor propio y de mi regalo y presunción. Ayúdame en mi lucha y en mi forcejeo para que triunfe en mí tu llamada y sea tuyo, sea espiritual, y me entregue a tu amor.

Me consuela leer en Santa Teresa, entre otros muchos santos, sus luchas y ver cómo triunfó con su humildad fortalecida por tu gracia. Aun cuando todavía no había alcanzado el triunfo deseado decía, reconociendo la bondad y generosidad de Dios,

que no podía quejarse del Señor, pues siempre la dio abundantísimas gracias; el mal estaba todo en ella. Mas perseveró en la lucha y consiguió el más preclaro y glorioso triunfo. Las aguas del río Guadiana se filtran y desaparecen en muchos kilómetros, pero vuelven a aparecer y a ser un río principal de España.

Que Dios a todos da, hasta la última hora, abundantísimas gracias no sólo para volverse a El, y amarle, sino para amarle con intenso amor de santidad. Tú eres, Señor, más glorioso y espléndido que toda la fascinación y apariencia del mundo y de las criaturas. ¿Cuándo querrás, alma mía, superar ya lo que disipa y halaga los sentidos, y halagando mata? ¿Cuándo querrás superarte a ti misma en tu presunción y amor propio, que te arrastra y rebaja, y entregarte en los brazos de Dios y poner tu mirada en sus ojos, que te divinizarán y llenarán del más regalado e insoñable gozo? ¿Cuándo, Dios mío, hará esta obra maravillosa tu gracia en mí? ¿Cuándo me unirás a Ti en amor y me deificarás? ¿Cuándo como cristal transparente lleno de luz quedará mi alma limpia y llena de tu claridad, Dios mío, y de tu infinita bondad?

Alma mía, déjate iluminar y llenar de la clarísima y suavísima luz de Dios.

Capítulo XLIV

UNION DEL ALMA CON DIOS, A SEMEJANZA DEL ALMA DE JESUCRISTO

223.—¡Para qué altísimas e insondables grandezas ha creado Dios al hombre, siempre que el hombre quiera y preste su cooperación! Para la misma grandeza y felicidad sobrenatural que a los ángeles, para la misma felicidad de Dios.

Creó los mundos para que los conociéramos y los admiráramos los ángeles y los hombres y viéramos siempre nuevas y sorprendentes maravillas. Los hombres verán y conocerán los mundos en el cielo, no ahora en el destierro.

Pero a los ángeles y a los hombres nos ha creado para hacernos participantes de su misma vida, de su misma hermosura, de su misma sabiduría y poder y para comunicarnos su misma dicha y felicidad uniéndonos a El en amor real en la tierra por la gracia y en amor ya glorioso en la eternidad

comunicándonos sus mismas perfecciones y haciéndonos felices en su misma felicidad con la visión y posesión de su esencia.

Para esta unión de amor nos ha criado. Para esta comunicación de su naturaleza y de sus perfecciones y de su misma vida, ahora reales, pero no aún gloriosas ni fijas; en el cielo ya gloriosas e inamovibles. ¡Seremos felices para siempre si queremos! Dios nos dará a cada uno la felicidad que cada uno quiera y haya merecido con sus virtudes y vida santa.

224.—Nadie es digno de esta unión. Con nada se puede comprar. Es don altísimo de Dios. Supera a toda comprensión. Dios la ofrece y da a cuantos tengan voluntad de recibirla y quieran unirse a El.

Regálate, alma mía, pensando y recreándote en las misteriosas grandezas de esta divina unión de amor. Por mucho que te esfuerces en soñar hermosuras y delicias nunca podrás llegar a tener ni la más lejana noción que se asemeje a esta sublime realidad. Esfuérzate en perfeccionar tus virtudes para que Dios la realice en ti. Dame, Dios mío, tu gracia para que la obtenga. Llegar a ser naturaleza de Dios es inconcebible y Dios lo hace contigo.

Porque Dios quiere, en proporción, hacer contigo lo que hizo en el alma y en la naturaleza hu-

mana de Jesucristo. ¡Qué misterios tan profundos y tan luminosos se adivinan en la naturaleza humana de Jesucristo por la unión personal del Verbo, aun en lo poquísimo que la capacidad humana puede en la tierra comprender discurriendo sobre la revelación de esta verdad!

Nadie es digno de la unión con Dios en amor, pero Dios la quiere hacer y nos ha criado para hacerla queriéndolo también nosotros. Dios hace la unión levantando, transformando con su amor especial, que es la gracia, a las sustancias espirituales, ya sean los ángeles, ya sean las almas. La gracia transforma y diviniza haciendo realmente participantes de la naturaleza de Dios a cuantos la viven. Dios hace al hombre dios; con la comunicación de su naturaleza deifica al alma, y con el alma, el ser todo del hombre.

225.—La unión de amor con Dios es la obra por excelencia del amor eterno en la criatura. Todas las demás obras de la creación y la creación entera con sus maravillas grandiosas a cual más sorprendente, son como juguetes comparadas con esta obra.

Dios no crea los espíritus para pequeñeces, sino para grandiosidades, que sólo nos será posible conocer cuando iluminados con la luz de gloria las veamos, conozcamos y disfrutemos en delicia y en exaltación de gozo radiante en Dios. Cuanto ahora

más se las estudia y comprende mejor, más se las admira y más se alaba a Dios en sus obras. Sueña, alma, y pásmate de gozo. Serás hecha Dios con la gracia.

Porque Dios quiere levantar, sobrenaturalizar y endiosar la naturaleza humana en orden a la glorificación y felicidad del cielo, como sobrenaturalizó e hizo y continúa haciendo felices a los ángeles del cielo. Dios quiere sobrenaturalizar y unir a Sí mismo, mediante la gracia, la naturaleza humana a semejanza de como sobrenaturalizó y unió en unión hipostática y de gracia la naturaleza humana de Jesucristo a la Segunda Persona divina. Dios quiere comunicarnos su misma vida uniéndonos con unión inseparable de amor a su naturaleza.

226.—Jesucristo tuvo un alma criada y un cuerpo humano, pasible, mortal como los demás hombres. La Encarnación fue el acto en que el Verbo Eterno tomó el alma de Jesucristo en el mismo instante de ser criada y la unió a Sí mismo, a su divinidad con unión personal, perfectísima e inseparable.

En Jesucristo existían unidas la naturaleza divina del Verbo y la naturaleza humana y criada, pero sólo existía una persona, la divina, el Verbo Eterno, la Sabiduría eterna, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. En Jesucristo no había persona humana, sólo naturaleza humana. El alma

criada, el entendimiento y la voluntad del alma de Jesucristo, estaban unidos en unión personal perfectísima con la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, como lo estaba también su cuerpo y sólo había persona divina.

Aun repitiendo la idea digo, para exponerla más clara, que estaba tan divinamente levantada y tan perfectísimamente unida la naturaleza humana a la divina que el entendimiento humano y la voluntad humana estaban totalmente unidos en entender y en amar al entedimiento divino y a la voluntad divina y estaba el alma toda de Jesús unida a la naturaleza divina formando una sola persona divina.

227.—No se rebajó Dios en esta unión. Dios no puede rebajarse ni puede perder ninguna de sus infinitas perfecciones. Dios siempre es infinito en todo bien. Ni Dios dejó el cielo con la Encarnación, porque Dios es el cielo verdadero y la felicidad misma. Dios levantó amorosísimamente la naturaleza humana en el alma y en el cuerpo de Jesucristo en el mismo instante de su creación y formación tan alta, perfecta y misteriosamente, que la unió a Sí mismo y tan íntimamente que la hizo una con la persona divina en la Segunda Persona de la Trinidad Santísima, y desde el primer instante de su creación el alma de Jesús veía gloriosamente la esencia divina y era feliz con felicidad

superior a la de todos los bienaventurados y de las Jerarquías angélicas y como esta alma bienaventurada y gloriosa informaba el cuerpo de Cristo, debiera ya su cuerpo ser glorioso y feliz e impasible con las cualidades gloriosas que tienen en el cielo o tendrán los cuerpos gloriosos de los bienaventurados; pero con un nuevo milagro, inmensamente mayor al que hiciera si el Señor suspendiese los rayos brillantes de luz y el calor del sol, suspendió la glorificación del cuerpo de Cristo informado por el alma gloriosa, para que, siendo pasible y mortal, ganase con sus virtudes heroicas y perfectísimas ser Rey de la creación universal.

228.—Por esta unión personal del alma de Jesucristo con la divinidad en el Verbo Eterno, estaba unido su entendimiento en el entender y su voluntad en el querer y en el amar al entendimiento y a la voluntad de Dios y era impecable, ni podía caer en el más pequeño defecto o imperfección, sino que hecho una misma persona con la voluntad divina, en todo hacía su querer.

No podía pecar y era el amor infinito y daba a Dios gloria infinita, pues la responsabilidad y el mérito son de la persona.

Dios comunicó al alma de Jesús en la más alta o intensa gracia y en la gracia personal los tesoros comunicables de su divinidad. Por esta gracia de unión personal y por esta comunicación de los

tesoros y secretos divinos comunicables, el entendimiento del alma de Jesucristo desde el primer momento de ser criado veía con la luz de la gloria la esencia divina directamente en sí misma y era feliz y bienaventurado y la voluntad de Jesús hacía en todo con el más inmenso amor el querer de Dios con toda exactitud y seguridad unida al Amor Eterno y era impecable. Estaba su entendimiento lleno de la iluminación de la luz eterna y su voluntad del amor divino y recibió la infusión de la virtud, de la ciencia y de la sabiduría y de la felicidad. La persona de Jesús era verdadera y realmente Dios, el Verbo Eterno.

229.—Lo que Dios hizo con la naturaleza humana de Jesucristo quiere hacerlo también en proporción con la naturaleza de todos los hombres y quiere hacerlo con los mismos efectos sobrenaturales. Quiere divinizar las almas para después glorificar los cuerpos que cooperaron al endiosamiento de las almas. No las endiosa ni las une a Sí mismo con la gracia hipostática o gracia de la unión a la persona divina, sino con la gracia habitual o santificante. Jesucristo era Hijo natural de Dios, su Verbo Eterno, y el alma con la gracia es levantada a vida sobrenatural y hecha hija adoptiva de Dios.

Dios con su gracia, hemos dicho con los teólogos, transforma al alma en amor sobrenatural de Dios. Dios con su gracia sobrenaturaliza el alma

en su sustancia y en sus potencias. Dios, con el sol divino de su gracia y amor especial, ilumina al alma esclareciéndola en sus potencias y, envolviéndola en el bálsamo sobrenatural de esta gracia, la empapa y la satura en el perfume de su bondad infinita y la comunica la fortaleza de su omnipotencia. Dios deifica realmente al alma con su gracia y amor.

El alma toda con sus potencias está unida a Dios en unión de amor divino, y sus operaciones son de unión y compenetración con Dios, tanto más perfecta cuanto el amor sea más intenso y la gracia más crecida.

El entendimiento y la voluntad de esta alma obran entendiendo y queriendo y amando unidos al entender, querer y amar de Dios, y la perfección de estas obras es, según sea la perfección de la gracia y del amor de Dios, o la perfección de la unión de amor que con Dios tienen por medio de su gracia sobrenatural.

230.—Dios quiere establecer perfecta unión o tomar completa posesión de las almas, más íntima y perfecta que la unión de un padre con su hijo; unión de entendimiento y de voluntad en amor.

La unión de la Divina Persona con la naturaleza humana de Jesucristo fue perfectísima, permanente, inseparable. No se separó ni del alma ni del cuerpo de Jesucristo ni aun en los tres días

que estuvo muerto y en el sepulcro. Estuvo separada el alma del cuerpo, pero no la divinidad ni del alma ni del cuerpo.

Jesucristo siempre fue Persona Divina. Y con la Segunda Persona Divina estaban el Padre y el Espíritu Santo, por ser las tres un solo y simplicísimo Dios omnipotente y omnipresente; las tres Personas son una sola sustancia y esencia simplicísima e infinita; las tres Personas Divinas son el Sumo Bien de infinitas perfecciones indivisibles e inseparables y todas una sola y Suma Perfección y un solo entender y un solo amar. Son el Ser infinito: Dios.

Porque *en Jesucristo habitaba la plenitud de la divinidad* (1), dijo a sus Apóstoles: *Todas las cosas las ha puesto el Padre en mis manos* (2) y después de resucitado, al darles la potestad y mandato del apostolado, les dijo también: *A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra* (3).

Jesucristo como Persona era Dios verdadero; era el criador y el conservador de toda la creación, era la Sabiduría del Padre, era Ser infinito, Dios verdadero.

Como naturaleza humana, pero con la ciencia y vida sobrenatural de la divinidad, decía seguro de sí mismo y de sus acciones y palabras: *Mi co-*

(1) *Col.*, 2, 9.
(2) Lc., 10, 22.
(3) Mt., 28, 13.

mida es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra (4), *porque no pretendo hacer mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado* (5).

El alma y el cuerpo de Jesucristo, el entendimiento y la voluntad y los sentidos mismos de Jesucristo estaban informados directamente por Dios por la unión personal que tenían con el Verbo Eterno y la Sabiduría Eterna.

Y Dios quiere informar con su gracia y con su amor todas las almas levantándolas y transformándolas en divino amor en naturaleza divina por la unión de amor con El e informa de hecho las almas de las que se han preparado saliendo de sus apetitos y de su amor propio y vaciándose de todo lo que es de tierra o de mundo y se han dejado purificar y se han ofrecido en el continuo e íntimo trato de la oración y han florecido en la hermosura de las virtudes.

(4) Jn., 4, 34.
(5) Jn., 5, 30.

Capítulo XLV

DIOS HABITANDO AMOROSO EN EL ALMA

231.—Dios ha criado mi alma y ha criado todas las almas para unirlas en amor perfecto con El mismo, comunicándolas su misma naturaleza. Dios ha criado mi alma y ha criado a todas las almas, como ha criado a los ángeles, para endiosarlas y llenarlas en el cielo de la felicidad del mismo Dios por medio de esta unión con El y por la comunicación de su naturaleza gloriosa y de sus perfecciones infinitas.

La unión hace este prodigio inexplicable. Nadie es digno de esta unión y con nada se puede comparar ni se puede en la tierra tener idea clara de su riqueza y mucho menos es posible comprenderla. Como pensando en Dios, de antemano sabemos que por mucho que pensemos, nuestros pensamientos se quedan siempre a infinita distan-

cia de la grandeza y hermosura de su realidad y jamás podemos llegar a comprenderle, porque siempre es más, y cuanto más se comprende de Dios más claramente se ve que es más en bondad, en hermosura y en toda perfección, y que queda infinitamente más por comprender y ver, tampoco puede la razón humana comprender en la tierra la alteza y riqueza y la hermosura de la unión con Dios, porque es participar de su misma naturaleza y con esta participación el alma es endiosada. La unión de amor es el endiosamiento del alma y la deificación del alma.

232.—En esta unión de amor con Dios están encerradas o comprendidas todas las maravillas y misterios de la vida interior y sobrenatural de las almas. Como es imposible comprenderlas, es imposible hablar dignamente de ellas. Los santos que las experimentaron eran quienes mejor podían explicárnoslas, y nos dijeron no les era posible encontrar ni palabras ni ideas para expresarlo ni imágenes con las cuales pudieran dar a entender dignamente algo de lo que era, porque lo finito no puede tener comparación con lo infinito, y las luces y hermosuras y gozos del cielo son sobrenaturales y no se asemejan en nada a los de la tierra que son naturales. Siempre han acudido a las palabras de San Pablo: *ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles co-*

sas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman (1). Y las tiene preparadas no sólo en el cielo para cuando las almas entren en la bienaventuranza, sino aun aquí en la tierra, aunque de modo muy pasajero y como a ráfagas y solamente con algunas almas fieles, haciéndolas ya como cielo anticipado, que Dios llena y donde se complace en morar. Antes las ha puesto en la cruz y en el vacío de criaturas y de sí mismas.

Todas estas maravillas, que Dios hace en las almas y cuya delicadeza y grandeza no podemos con nuestras solas fuerzas ni aun soñar, las hace por su gracia y son efectos extraordinarios sensibles de la gracia recibida y comunicada por Dios al alma, como la cruz, la desolación y el vacío son muy especial gracia de Dios. No es posible hablar de tanta hermosura sobrenatural, porque cuanto se diga no puede tener proporción con tan altísima realidad. Pero con sólo pensarlo se anima el alma a practicar las virtudes y mostrar con las virtudes el amor que desea tener a Dios, y piensa en lo más hermoso y grande que existe después de Dios y en la obra predilecta de Dios.

Aun cuando no sea posible hablar como se merece de tanto bien y de tan alta y hermosísima delicia y belleza, lo más deleitable y gozoso que puede sentirse es soñar y esforzar el vuelo de la fan-

(1) 2 *Cor.*, 1, 2, 9; Is., 64, 4.

tasía ayudada de la fe y el vuelo del entendimiento ayudado a su vez de la fantasía y más de la fe, por horizontes de tanta claridad y de luz tan delicada y sutil y por tan ideales y deleitables encantos. Si goza el espíritu soñando e inventando idealidades de bellezas y complacencias humanas y materiales, que no pasan de la fantasía, ¿cuánto más no gustará soñar de estas nobilísimas realidades sobrenaturales que superan todo ensueño y toda ilusión?

233.—Pensemos y pidamos al Señor nos dé luz para que nos gocemos con las maravillas de gracia y de amor que ha hecho en muchos de sus santos y desea hacer sustancialmente en todas las almas. Son maravillas de la unión de amor con Dios, y ni aun dudar debemos que Dios quiere hacerlas en nosotros según escribía Santa Teresa: *porque aunque es verdad que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como El nos quiere, a todas las daría; no está deseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por eso disminuyen sus riquezas* (2). Depende de nuestra determinación y cooperación; de que nos apartemos de las disipaciones y nos recojamos en El y en nosotros con El; porque *no ha de sufrir, ni suele ni puede Su Majestad dejar de darse a quien se le da toda* (3).

(2) *Moradas*, 6, 4, 12.
(3) Santa Teresa: *Meditaciones sobre los Cantares*, 6, 9.

Dios quiere hacer la unión perfecta de amor con todas las almas, y da a cada una gracias muy abundantes para que puedan prepararse y cooperar practicando las virtudes y viviendo atentas a Dios hasta que Dios en su bondad la realice. Por parte de Dios no dejará de realizarse la unión con el alma. Tendría que hacer un milagro, que nunca hará, si no la realizase. Porque Dios quiere hacer la unión perfecta con todas y cada una de las almas.

234.—*La unión perfecta de amor es la unión perfecta de la voluntad del alma con la voluntad de Dios. El alma hace y acepta cuanto la voluntad de Dios quiere. El alma aspira al trato continuo e íntimo con el Amado-Dios.*

La unión perfecta con Dios encierra y es ella misma los estados más altos de la vida espiritual y los carismas más regalados y admirables que Dios ha hecho con sus santos y las pruebas y cruces más íntimas y más fuertes con que les ha preparado, purificado, abrillantado y endiosado. Ya tenía en ellos total confianza. La unión de amor es aumento de cruz y de regalo. Es también entera confianza.

La unión perfecta de amor es la inhabitación de Dios en el alma y su desposorio y su matrimonio espiritual. En Jesucristo no se habla nada más que de la unión hipostática con la divinidad en el Verbo Eterno; pero en el alma de Jesucristo *habitaba toda la plenitud de la divinidad corporal-*

mente, esto es, real y sustancialmente (4), y esta perfectísima unión era la perfectísima inhabitación y era el regaladísimo e indisoluble matrimonio espiritual. En ninguna otra criatura puede darse con la perfección que en Jesucristo se dio. Dios Padre y Dios Espíritu Santo estaban con el Verbo en Jesucristo porque son una esencia infinita y un solo Dios simplicísimo e infinito.

235.—Quién podrá hablar o expresar con claridad lo que es la inhabitación de Dios en el alma? (5). ¿Quién dará a entender la alteza a que Dios levanta el alma a quien se da y las delicias de amor que esa alma siente?

La gracia, queda ya dicho, es el don del amor de Dios en el alma. Pero con el amor de Dios se da el mismo Dios; porque la gracia es comunicación real de la naturaleza divina al alma. Dios ya habita en amor en el alma que está en gracia; ya habitan el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. La santificación del alma es obra de Dios, de la naturaleza de Dios, de la Trinidad Santísima. Dios en su esencia es amor y en su esencia es Verdad: Amor infinito y Verdad infinita, aun cuando el

(4) *Col.*, 2, 9.

(5) *La Inhabitación de Dios en el alma justa*, por Un Carmelita Descalzo. Todo el opúsculo trata de esta hermosura en un tono descriptivo y alentador. Bien recibido. Está en la tercera edición.

Espíritu Santo es el amor Personal y el Verbo es la Sabiduría Personal. Dios obra en las almas la santidad y da el amor. Todos los seres creados son obras de Dios, de la Trinidad.

Con la gracia santificante se dan al alma o inhabitan en el alma las tres divinas Personas, y están realmente, como se acaba de decir.

Pero en la vida espiritual no se llama inhabitación de Dios en el alma a esta primera venida por amor y a esta primera unión de amor que Dios establece con el alma. En verdad ya lo es; ya Dios habita y está unido en amor al alma. Esto es y esto hace la gracia santificante.

Se llama *inhabitación de Dios el modo especial de estar Dios en el alma de una manera nueva y con unos efectos nuevos y especiales* (6). Creo expresarlo algo más claramente diciendo que se realiza *la inhabitación de Dios cuando de tal manera vive y mora Dios por amor en el alma, que dispone de ella a su voluntad con total ofrecimiento y consentimiento del alma, porque la voluntad del alma es hacer ya en todo la voluntad de Dios y hacerla con el más íntimo y pronto amor* (7). La voluntad del alma, por una gracia muy especial de Dios, está ya unida a la voluntad y al querer de Dios.

Esta muy especial gracia de Dios afianza en el

(6) *Salmaticenses, De Ssmo. Trin. Mysterio.* Disp. 19, dub. 3, paf. 3, núm. 46 y dub. 14.

(7) *La Inhabitación de Dios en el alma justa,* pf. 9 y 18.

alma un más intenso amor de Dios, y de tal manera fortalece y desarrolla las virtudes, que las da seguridad en humildad y agradecimiento por esta amorosa unión con el mismo Dios y levanta las acciones todas del alma a vida de siempre más íntima unión con Dios y por esta más íntima unión son también de inmenso mayor mérito. La sabiduría divina ilumina al alma y la enseña la hermosura de la cruz y de la expiación. *La unión* —dice Santa Teresa— *se puede muy bien alcanzar... si nosotros nos esforzamos a procurarla con no tener voluntad, sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios. Esta es la unión que toda mi vida he deseado, ésta es la que pido siempre a nuestro Señor y la que está más clara y segura* (8).

236.—La unión de amor la hace Dios y la recibe el alma. La cera blanda recibe el dibujo del sello, que se la imprime, como recibe el papel las hermosísimas figuras e imágenes que se le imprimen, y cuanto el papel sea más satinado y apto, más resaltan las filigranas y colorido, como resulta más fina y primorosa la fotografía de objetivo más perfecto, placa más sensible y mano más experta.

La unión es hacer de dos cosas una sola. Dios une el alma Consigo mismo levantándola, sobre-

(8) *Moradas*, 5, 3, 3 y 5.

naturalizándola, comunicándola sus perfecciones. La deifica.

Según sea la perfección de la unión, será la perfección de la inhabitación de Dios en el alma. Pero queda ya indicado que en la vida espiritual se llama inhabitación no a las primeras gracias santificantes o a los primeros grados de la gracia santificante, que recibe el alma, sino al modo nuevo y más perfecto de estar Dios en el alma por una gracia muy especial y muy intensa con efectos muy altos e íntimos. No se recibe la insolación cuando amanece, sino cuando el sol abrasa a mediodía.

Cuando Dios establece su morada de amor en el alma, ya estaba y vivía en el alma, ya amaba al alma. Con la inhabitación establece un modo nuevo y una relación nueva. El alma se ha entregado totalmente a Dios. El alma tiene totalmente ofrecida su voluntad a la divina. Dios puede disponer incondicionalmente de esta alma. Hay unión de voluntades: la del alma con la de Dios, la de Dios ha tomado la del alma.

La habitación perfecta de un bien terreno o de una casa supone la propiedad incondicional de ese bien o de esa casa. El dueño puede hacer y usar de ese bien y de esa propiedad como quiera, pero no lo puede llenar con su presencia actual estando en todos los lugares.

Dios quiere ser no solamente huésped del alma, sino propietario absoluto del alma, y no sólo pro-

pietario, sino estar en ella presente actual más que el alma está en el entendimiento y en la voluntad. Cuando el alma sólo y en todo busca a Dios, cuando el alma pone su esmero en practicar las virtudes y todo su cuidado en estar recogida y atenta a Dios sólo mirándole, escuchándole en todos sus actos, Dios toma esta perfecta posesión del alma y establece en ella su morada permanente, constante, ininterrumpida. Dios llena de caricias o de cruces, que son regalos más preciosos, a su Amada el alma y vive en el alma y se hace presente al alma y la llena y empapa. Es el cumplimiento perfecto en la tierra de lo que prometió Jesús: *mi Padre le amará, vendremos a él, y haremos mansión en él* (9) *mi Padre, el Espíritu Santo y Yo.* Dios como Dios uno y trino se comunica con el alma, ¡y de qué modo tan admirable! La inteligencia se llena de santo pavor y gozosa admiración pensándolo, porque ve que está llena de Dios y unida a la inteligencia divina. El corazón rebosa de incontenible júbilo, porque se ve está lleno y amando con el mismo divino amor.

237.—Detente, alma mía, a pensar un poquito sobre estas delicadezas, sobre tanta magnificencia, ternura e intimidad como Dios comunica al alma. Vosotros, ángeles y bienaventurados, que ya cla-

(9) Jn., 9, 23.

ramente las conocéis y las veis, alabad por mí al Señor y hacedme participante de vuestro gozo y alabanza.

La savia es la vida de las plantas desde que nacen y manifiesta su agradecimiento y alaba a Dios deshaciéndose en finísima fragancia y en el matizado colorido de las rosas, en la espléndida blancura de la azucena y en la delicia de los frutos.

El descanso y vida del sol es no cesar ni un momento de cantar con sus rutilantes rayos y su calor a Dios que le crió.

Mi sangre da la vida a todo mi cuerpo y ni una célula deja de regar y vivificar. La célula no regada no tiene vida. ¿Qué es todo esto comparado con la intimidad de Dios con el alma? Porque Dios es más vida mía y de todos los vivientes, que yo de mí mismo, porque El me la ha dado y continuamente me la da. Dios está más íntimamente presente en mí que yo mismo en mis pensamientos, y es más mi vida que yo para mí.

¡Oh mundo de luz y de belleza que te descubres ante mi consideración! ¡Oh maravillas y gozos inmateriales, pero sobrenaturales, que Dios ha preparado para mí! Ayudadme a que yo me sumerja y llene mis pensamientos y mis afectos en ese mundo de luz sobrenatural, en ese contacto superior a todo efecto y a toda noble impresión de Dios con mi alma, de Dios viviendo en mis

más íntimos pensamientos y en mis más ardientes amores!

Porque Dios ha establecido su morada en mi alma. Dios continuamente está en mí con tanto amor cuanto sea mi fidelidad y esmero en amar. Dios hace de mi alma un cielo aún no glorioso, pero verdadero cielo donde El vive y que El llena; Dios transforma mi alma en un Paraíso de delicia y de todo bien, que El continuamente está embelleciendo. Dios escoge mi alma para trono preciosísimo suyo, donde permanentemente está gozosísimo. Ya mi alma tiene hecha la instalación de dicha, que brillará cuando reciba la corriente de la gloria. Dios es para mí mi Dios y mi todo. Dios está en mí siendo una dichosa esperanza de lo que será una gloriosa y feliz realidad. Yo ya estoy en Dios amor infinito, pero aún no me hace sentir su gloria.

Lléname, Dios mío, de tu amor. Que yo ya realice sólo obras de amor en Ti y para Ti. Que seas mi único amor y siempre te mire en mí y me mire en Ti. Haz de mi alma una custodia viva en la cual Tú vivas y mores y me hagas tuyo y me deifiques haciéndote mío. Que yo te mire siempre en mí y me mire lleno de Ti como hostia consagrada y transformada en Ti.